



CUENTOS BRÍGIDOS

Dana Hart

La misteriosa desaparición de la burguesía

Me desperté y ya no estaba. Era un día común, muy normal, como cualquier otro. Las sábanas lustraban como siempre el piso, el sol entraba por las hendidias sin pedir permiso y desde afuera se escuchaban los ruidos de la avenida inquieta.

Salí y me puse las mismas sandalias que de costumbre, no iba a ser cosa de que me confundieran por alguien más, o de que alterara el espacio tiempo y me paré en el marco de la puerta, hacia el exterior, con las dos puntas de los pies, en dirección a la calle.

El movimiento del mundo es poco perceptible. Solo las personas mas sensibles y las mentes realmente maestras, pueden atender a los cambios momentos, a los giros abruptos. En mi caso, previamente, no percibí nada. En lo absoluto. Eso fue lo más extraño, que no vi ninguna señal previa, no hubo avisos en el diario, ni Nostradamus que pudiera anticiparlo. Se extinguió. Como los dinosaurios, pero sin meteoritos. ¡Sin meteoritos! Supongo que se barajarán mil hipótesis ante la vista de quienes investigan. ¡Qué desubicante despertar y que no haya más explotación para las hormigas! ¡Qué tremenda crisis debe ser esto para las abejas!

A lo mejor, me pareció escuchar un estruendo, pero algo demasiado distante como para ir a ver en sandalias. Me muero si me cruzo a mi crush, y me ve así, en pleno apocalipsis. No creo que me hubiera gustado tener un poco más de tiempo para visitar los cementerios y las estatuas, que ya no están. Se han vaciado hasta las tumbas aristocráticas.

Debe haber sido anoche. Si, ¡seguro fue anoche! Tal vez una oleada revolucionaria. Una ráfaga de insurrección o fuertes vientos contestatarios. Sea lo que sea que derribó todo, yo no supe nada. No escuché ni: "Vaya, vaya, vaya". Me hubiera gustado participar, quizás,

nadie me preguntó. Un poco de pum y pam. Pero ya está, se fue. Pufff. Humo al humo. Polvo al polvo. Fuego al fuego.

Se evaporaron. Los rostros del Congreso, los dueños de las forestales, los magnates chinos, los gringos imperialistas, los trust, los holdings, los consorcios, la bolsa, hasta la mano del mercado, ¡todos se esfumaron! En las oficinas de los diarios no quedó nadie. Sobre los retenes y en las comisarías, las chaquetas verdes cuelgan de las sillas y las líneas de un confuso polvo blanco se estancan sobre las mesas.

Al parecer los semáforos siguen andando y hay uno que otro programa en la radio. Las flores han crecido de sobremanera y da la impresión de que unas ramas nuevas, están tomándose la ciudad, no lentamente, sino que de manera enfurecida.

Veo a una señora paseando a un perrito sin cadena y le pregunto si sabe algo de lo que ocurre alrededor. -Señora, disculpe: ¿Desapareció la burguesía? -Si, mi hijita, fue ayercito no más, unos 500 años nada menos estuvieron los patuditos, pero todo lo que oprime, tiene que estallar. -¿Pero, y a dónde habrán ido? ¡No vaya a ser cosa de que vuelvan! -¡Esperemos que no pue! -¿Y esa gente que se ve por allá, qué está haciendo que se ve tan prendida? -Están festejando mi hija, únase. -¿Pero óigame señora, y si vuelven? Y nos pillan en la borrachera, como pasó en la revolución rusa. -Si no van a volver ohhh. -¿Señora, pero y los yates? ¿Las mansiones? ¿El caviar que comen? ¿Los autos de lujo? ¿Quién va a cuidar las burbujas del champagne? -Ya no hay más burbujas en el champagne mi'hija, la libertad ha llegado. -¿Pero señora, y qué pasa con esos rollitos que sirven como canapés? ¿Y esas creme brule que se sirven? ¿O con el pato co co van? -¡Están fuera de circulación! -Pero, pero... ¿y las carteras Gucci, el acheto en la ensalada, las camisas Lacoste? -Abolidas. -¿Abolida la ensalada? -Abolido el acheto. -¿Nada de privilegios? -Nada. -¿Ni siquiera para unos pocos? -Nada. -¿Para unos poquititos? ¿Uno o dos burocratitas?, vamos, ¡siempre queda un cadillacs! -Nada. -¿Y las vacas? -Las vacas no tienen dueño. -¿Y las mujeres? -Las mujeres no tienen dueño. -¿Y las empresas? -Las empresas no tienen dueño.

-¿Y los marinos? -¡Al agua! -¿Y los barcos? -Al agua. ¿Y los jueces? - Al agua. -¿Y los lunes? -Al agua. -¿También los lunes? -Fue lo primero en ser abolido. -Pero, ¡¿cuándo?! -¡Anoche! -¿Y anoche qué día era? - ¡Lunes!

-¿Y la guerra en curso? ¿Las armas nucleares? ¿Los bombardeos? -Se ha puesto fin a todas las hostilidades. -¿A todas? -Fin a todas las hostilidades. -¿¡A todas!?! -Todas. -¿Y los edificios que querían construir sobre los humedales? ¿Los conflictos socioambientales? ¿La extracción de plusvalía? ¿Las inmobiliarias hambrientas? -¡Están fuera!

- ¿Y las sartenes? ¿el detergente? ¿Las escobas? ¿Los trapos amarillos? ¿el suavizante para la ropa? -Arden en la hoguera. -¡¿Hubo una hoguera?! -Siiii, una muy grande, ¿no sintió el humo mi'ja? -¿Y qué más quemaron? -La Constitución. El Código Laboral pro patrones. Las Iglesias... -¡Las Iglesias! Pero, pero... ¿y... quedó algo?

La señora sin responderme señala, apuntando su dedo firmemente hacia el horizonte. Miro, ajusto la lente natural de mis ojos, y lo veo justo frente a mi, en bermudas y ojotas, con las uñas tan largas, que rozaban el pavimento y una gorra vuelta hacia atrás que decía: "Es hora de aventura". ¡Mi marido! Lo se por que usa una polera vieja que le regalé para una Navidad de hace mil años y tiene un ojo más abierto que el otro, para mirarme amenazante. Se rasca el culo con la mano derecha, mientras le saltan las esquirlas, desde las uñas. Dice algo sobre llantas y neumáticos que no me interesa entender, al tiempo que me mira como si me odiaría desde mucho antes de conocerme. Volteo hacia la señora y consternada la increpo: -¿No dijo usted que ha desaparecido la opresión? Que no hay milicos, policías ni Parlamentos. Ni barcos, ni Ministros, ni Iglesias, ni aviones ni bombardeos. ¿No dijo usted que no había más explotación, y yo aquí tremenda cadena que veo?

La señora se ríe a carcajadas, estira su mano que apoya sobre mi hombro y burlesca me dice: -A este: ¡Supéralo tú!

El curioso caso de la guagua mata pacos

¿Se lo imaginan ustedes? Salió en todas las portadas de revista, en los diarios y hasta en Youtube. Siempre se ubicaba junto al Pikachu gigante o junto al sensual hombre araña. Debe haber sido una forma de sentirse protegido. Pese a que era grandote y robusto, con una piel ya curtida por el sol del verano. Generalmente en cuero, con las tetillas al aire. Y unos lentes negros que algún bandido le habrá donado. Caminaba "picado a choro", por el medio de la Alameda, sin mirar atrás, ni a los costados. Por dentro debe haber sentido que era el dueño de la marcha, y en un sentido lo era. No sabemos si le impactaba o no la lacrimógena, porque tenía siempre la mirada oculta, tras los cristales de un vidrio negro. Cuentan que una vez, casi le saca los lentes el ajetreo del rock and roll, pero se los acomodó de nuevo con un solo movimiento ninja. Hay quienes hablan y se refieren con pena: "¿Dónde está la mamá de este bebé?", preguntan. Por el padre nadie se cuestiona.

Me habrá tocado verlo dos o tres veces. Igual que al perrito negro, tan heroico del pañuelo rojo, que agarraba las bombas y se las mandaba de vuelta a los pacos. Aquí la movida también era muy arriesgada. Gateaba discretamente hasta el guanaco policial más cercano, en plena protesta. Pero cuando eran muy, muy masivas. Se subía trepando por los costados de fierro, lata y reja verde, hasta quedar en el techo, afirmado como garrapata. En esa parte todo mundo se asustaba, era de alto impacto, observar, en el techo del guanaco, a un bebé de no más de 60 centímetros de alto. Se agarraba de uno de los tubos que arroja el chorro de agua contaminada y se colgaba igual que un mono. Con una mano, con la otra, se abalanzaba. Y el guanaco, conducido por algún indecente, se tambaleaba también, intentando sacarse a la guagua de encima. Pero sus manitos como garras, continuaban la tarea, hasta que llegaban a la punta del tubo verde. ¡Yo misma lo he visto! Y allí, en un solo movimiento, sacaba del pañal un objeto, que difícilmente podía distinguirse a la distancia. Hay quienes dicen que es un biberón, que tiene la leche aun tibia adentro. También se dice que es un chupete

al que forró con algo sólido. La gente más descabellada dice que lo forró con el cuero de un paco, para darle la máxima dureza. Pero esas ya son cuestiones especulativas. Paso seguido, vuelve a mecerse moviendo sus bracitos, hasta volver a la posición original, sobre el techo del guanaco. Y después salta, es una locura. ¿No se lastima?! Esa parte no alcanzó a grabarla nunca ningún youtuber. Salta y no se lastima. Va a dar a la vereda y queda agazapado, en cuclillas, igual que un gatito. En ese momento ocurre lo más sorprendente. El guanaco, tapado, empieza a arrojar humo y el líquido sale para cualquier parte, atorando a sus ocupantes.

Ha ido generando cierto temor, es más, diría, terror, en algunos círculos especiales. Me han contado que por la noche, tienen pesadillas, en las que el bebé se les trepa encima. Cuentan que bajo las lentes, sus ojos aun tienen rasgos fetales. Y que los dientes y las uñas son tan afiladas como un cuchillo. Las mujeres, como broma, dicen que cuando el bebé los agarre, les hará cumplir con todo tipo de tareas domésticas, ¡de lo más horrosas! Cambiar pañales con caca hasta el cuello. Hacer maderas calientes a las 2 de la mañana y a las 4 y a las 6, y a las 9, a las 12, a las 15, a las 17:30, a las 19, a las 21, a las 12 y de nuevo a las 2 y las 4, 6, 9, 12, 15. Hasta que sufran un infarto del puro ataque de ansiedad. Y el vomito explosivo por las paredes. Dicen que eso es lo que más les asusta, mientras suena un arrorró infinito.

La cultura pop tiene muchos miedos. Está Chuky. Los kreeters. Destripadores. Lloronas. Payazos. Tiburones. Fantasmas. Todo les aterra. Pero un bebé: ¡Los mata del susto! Huyen despavoridos. Corren, cuerdas y cuerdas intentando salvarse. Van tan a prisa, que olvidan llevarse calcetines, calzoncillos, ni zapatos. Cruzan mares, cordilleras y charcos. Hasta ponerse a salvo, lejos, de cualquier "agugu gaga".

Una vez escuché decir a un joven vestido de estudiante secundario, que se trata de un bebé abortado. ¡Un bebé abortado! Creo haberle escuchado decir que se le puso hasta un nombre cariñoso: Panchito. Y que dijo que lo habían escuchado cantar muy bien, canciones viejas.

Son leyendas. Lo importante es que si lo ven, no le pregunten dónde está su madre. ¡No sean ese tipo de gente! Esa pregunta no le cae nada bien. Mucho menos le vayan a preguntar por el padre. Si quieren hablarle, les recomiendo que le hagan algún comentario sobre el hombre araña o Picachu, después de todo es un bebé. Pueden regalarle cartas de pokemones o pokebolas. ¡Tal vez eso es lo que mete en el tubo del guanaco! Claro, seguramente, ¡una pokebola!

También he escuchado decir, en por lo menos tres oraciones, que su gran amor, es la protesta. Que siempre va. Que siempre está. Que se apasiona con tanta intensidad que su cuerpo vibra como si estuviera flotando y sus piecitos se aceleran, como si manejaran otra escala de tiempo.

Nunca pudieron agarrarle, ni secuestrarle, ni torturarlo. No conoce los barrotes, ni de la cuna, ni de la celda. ¿¡Qué tan prisionero puede ser un bebé?! No dice una sola palabra, y sin embargo, con sus acciones concretas, lo dice todo.

Si es de noche y escuchan unas risas de niño, que suben y bajan por el techo y se pierden en los rincones, y resulta que ustedes no tienen hijos, o sus hijos duermen plácidamente, entonces puede que sea el bebé, que esté buscando a los opresores, o simplemente puede que esté buscando a ¡¿Quién, carajo?!, por estos días, ¡¡¡Ha detenido la protesta!!!

Tres toquidos en la puerta de la opresión

Tock. Tock. Tock.

Vamos. Hablemos con honestidad. No se va a abrir. Las puertas generalmente, en la vida, se te abrieron poco. Diría que estuvieron, más bien cerradas. Puertas cerradas, con cerrojos y manillas pesadas, imposibles. Tock. Tock. Tock. -¿Quién es? ¿Quién está ahí? ¿Pretende asustarme?

La puerta de madera se ve en perfectas condiciones. Contrastando con la pintura deteriorada de las paredes, que alguna vez habrá sido de color turquesa y blanco. Parece que alguien hubiera instalado la puerta hace muy poco. Me pregunto qué habrá pasado con la puerta anterior, aunque eso no me compete, ¿no? Es sospechoso. ¿Por qué la puerta estaría tan nueva, si el resto de la casa está tan vieja? Tock. Tock. Tock. ¿Quién es? ¿De dónde viene ese toquido? ¿Quién golpearía una puerta desde adentro? La gente no hace eso. La gente llega y golpea la puerta desde afuera. Lo he visto en las mejores películas. Nadie golpea desde adentro. Ni para salir, ni para nada. No hay ningún fantasma o villano en la mitología que haga una cosa así. ¿A quién espantaría desde dentro?, si ya estoy afuera, puedo correr, huír. ¿Pero y si necesito entrar? ¿Y si esa fuera mi casa?

Me gustaría estar hablando solo de una idea, un pensamiento, o una deducción, una hipótesis loca o una conversación anecdótica con alguien. Pero tengo que entrar a esa casa. Iba a golpear para ver si había alguien, tenía la foto exacta en mi celular, con la dirección, y antes de que pudiera tocar: "tock, tock, tock", se oyó desde adentro.

- ¿Quién es? ¿Quién está ahí? No me asuste. Vamos.

-Creo que ya sabes quién soy. -¿Quién es? No. Yo venía por un mandando, que la señora Angélica me pidió le viniera a dejar unas llaves, las que se...

- No, no, no. Nada de llaves. Ya sabes quién soy.

-¿Sería tan amable de darme una mínima referencia, tal vez dejarse ver, recibir las llaves, quizás abrir la puerta?

- No, no, no. Nada de llaves. Ya sabes quién soy.

-Ahh, ¿usted es familiar de la señora Angélica?, que me manda a dejarle unas llaves, porque la otra vez...

- No, no, no. ¡Que nada de llaves!

- Perdón, ¿y esto que se supone que es? Edipo. Rey. La esfinge. ¿Va a querer que le conteste algún acertijo? Pero por favor, me retiro.

- Aguarda. Espera. Escucha. Hay un momento en la vida de todo ser humano, en el que debe decidir qué camino tomar...

- Naaaa, no me va a venir a hablar de los caminos de la vida, ¿Quién es Vicentico? Estoy ocupada, ¿me recibe las llaves por favor?

- ¡¡Nada de llaves!! Si la puerta se abre puedes entrar y si la puerta no se abre no podrás entrar nunca.

- A menos que entre por la ventana...

- Y si la puerta se abre y entras, hay toda una serie de posibilidades que se pueden desarrollar, escenarios. Puede que por ejemplo, el sueño se te transforme en pesadilla, como ha pasado tantas veces y todas aquellas cosas bellas que pensabas encontrar, se vuelvan en tu contra, como mariposas asesinas ¡Voladoras con hachas!

- ¿Esto es una broma?

- O puede que se presenten otros escenarios, la mayoría posiblemente peligrosos. Quizás, lo más probable, es que las puertas nunca se abran

y te dejen afuera, de los círculos considerados importantes. Eso no habla de ti, solo habla de ellos, ¡tú eres increíble, sorprendente!

- ¿Pero qué es esto? ¿Qué me está leyendo un manual de auto-ayuda? ¿Quién está ahí Paulo Coelho?

- Concéntrate en tus objetivos, que siempre han de ser sociales y colectivos, porque puede que más de cien veces, te sientas fuera de época.

- Me voy.

- Una última cosa... Si te dejan afuera, hay algo que no debes olvidar nunca: ¡Afuera está el carnaval!

- Si, si. Me gusta el carnaval, pero emm, ¿de qué me está hablando?, ¿de alguna manera me conoce?, ¿qué carnaval?, ¿usted quién es?, ¿Celia Cruz? Prefiero otras salsas, otro tipo de mambo, digamos, como que se paren los motores más bien, por decir algo, si, si, si, más que el ruido del carnaval, a esta altura, en este momento, me gustaría mas, preferiría, el silencio... el silencio producido por el paro total y absoluto de todos los motores, de cualquier tipo, grandes, pequeños, medianos. ¡A cuerda, petróleo, gasolina, bencina, por enchufe o por lo que sea que funcionen! Hasta los relojes, detenidos, en silencio, ese ruido me gustaría escuchar más bien.

- Y cuando llegue la verdadera primavera, el momento en el que la vida se...

- Uy, uy si, no, em, no, de verdad, disculpe, pero yo no, tengo otros códigos, digamos, me refiero a otros tópicos, ando en otros temas, veo las cosas de otra manera... primavera para mi significa de los pueblos.

Tock. tock. tock. - Hay un escenario en el que entras y alguien está recostado en un sillón, esperando algo de ti, que te causará una inmensa cantidad de trabajo. Hay otro escenario en el que entras y hay un escritorio iluminado en naranja ocre, con una biblioteca repleta de objetos de librerías, lápices de tinta, libros y cuadernos. Hay otro

escenario en el que entras y brotan lágrimas de las paredes. Y otro escenario en el que nunca rompiste con tu primer pareja y estás...

- No, emm, si, si, si, disculpe, no, voy a dejar las innombrables aquí en el suelo y me voy, ya, porque no decido ninguno de los escenarios que usted me presentó, bonito lo de los lápices, todo, muy lindo lo del sofá, pero tengo un hormigueo en las manos, una tibia ansiedad que mueve los pulgares oponibles, y los opone contra todo. Y con estas manos, construiré mis propias puertas, que no sonarán ni "tock, tock, tock", ni "tick, tick, tick", ni "taka tu taka tatin". No sonarán de ningún modo. Hasta que desde el interior pueda oírse el silencio... ()... de un mundo detenido.

- Ya sabes quién soy.

- Si, si, si. Ahora creo tener una idea. Ya lo se. ¿Acaso eres todo lo que no he decidido?

Giro absurdo de la lucha de clases

¡Por culpa de la lucha de clases! Si, exacto. Igual que en ese cuento de "Le Luthier", que dice: "por culpa de la escases de rinocerontes", igualito. Fue por culpa de la lucha de clases, que es algo, todavía más grande que un rinoceronte.

Era un día cualquiera, me desperté temprano, puse el agua, preparé un café, me lo tomé cuando todavía podía quemarme la lengua y bajé para abrir, como de costumbre. Saqué un candado, después el otro, levanté la cortina, pasé la escoba, tiré un poco de desodorante ambiental y me quedé esperando que ingresaran clientes. Lo mismo de siempre. La rutina.

El primero que suele llegar en la mañana es Geraldo, a buscar el diario "El Mercurio", que lee afuera a pesar del viento. Después, van llegando por gotera en uniforme escolar, piden brownies, pingüinitos, súper ochos, cualquier dulce, juguitos de naranja o piña. A menos que la mamá los obligue a llevar puras naranjas o manzanas, cosa que también pasa.

Desde la óptica del posteriori, la primera advertencia fue no ver a ningún estudiante grande, de esos que al verles ya se sabe que tienen unos quince o dieciséis años. No vi ninguno, temprano, esa mañana. Y sino están, es porque algo pasa. Si se los ve que van caminando hacia otra parte, uhh, eso es bravo. Si hay un retén de carabineros cerca, ¡eso ya es peligrosísimo!

Hasta que aparecieron los primeros pies por el medio de la calle, con las calcetas hasta las rodillas, ahí ya, la cosa se volvió irreversible. Traté de bajar las cortinas rápidamente, para que no se llevaran todo o me quemaran la mercadería. ¿No ven la tele? Se queman los negocios, la gente grita, saca palos, persigue a encapuchados con los brazos arriba y carabineros apoyando. ¿No lo ven? Rompen los vidrios, sacan rejas,

y finalmente quedan destrozados los locales, ¡por culpa de la lucha de clases!

Así que me apuré a bajar la cortina, y precisamente producto del apuro, se me trabó a mitad de camino. Y la marcha ya venía formándose, pasaban a toda prisa, a paso firme. Me coloqué de espaldas y esperé lo peor. ¡Me van a saquear, Dios mío!, era lo único en lo que pensaba. ¡Me van a saquear, Dios! ¡Mis hijos! Apreté fuerte el relicario que siempre traigo en el bolsillo, poco menos que esperando a morir de un palazo en la cabeza. Empecé a escuchar por detrás, ruidos de explosiones, todo tipo de cánticos sobre educación, salud, vivienda. Traté de tirar hacia abajo nuevamente la cortina, pero permaneció atascada. Me quedó marcado el sonido de los pasos, no se si por lo duros de los zapatos que usan en la escuela, o por la cantidad que representan, se oyen más fuerte que diez paradas militares.

Cuando me doy vuelta veo que pasa el último escolar. ¡¿Qué?! ¿¿Cómo!? ¿Ya pasaron? ¿Ya se fueron? ¿Por qué no me han reventado el lugar? No hay humo, ni robo, ni se metieron en una masa toda vandálica como se ve en la tele. Esto es absurdo. Me iban a destruir todo, iba a quedar en la calle, en la ruina, mi vida iba a hacer un giro brutal, dejando a mis hijos sin posibilidad de sobrevivencia futura. ¡Esto no puede ser posible! ¡Todo sería culpa de la lucha de clases!

- Oiga... Oiga joven, por favor, arrímese aquí, para preguntarle algo, venga.

- Diga caballero, ¿qué se le ofrece?

- Oiga joven, pasaron por aquí y no me destrozaron, fíjate.

- ¿Por qué lo íbamos a destruir caballero?, si cada mañana le compro unas papitas fritas a usted, ¡ni me registra!

- Es que con ese uniforme es difíciles distinguir, oiga. Pero en la tele, yo veo todo el tiempo que pasan y queman, saquean, le quitan los calzones a las abuelitas, se llevan las vacas, le quitan la casa a la gente y lo dejan a uno, en chanclas, o a pata pela'a en la vereda.

- Eso no es verdad caballero, usted acaba de comprobarlo, ¿cómo cree? Aquí se pelea por causas justas, cada estudiante que usted ve, tiene ideas, no somos monos locos con navajas, cada estudiante tiene un concepto, una práctica, una moral. Por ejemplo, aquí se sabe que no es lo mismo un negocio de la esquina cuyo dueño se auto-explota, que una mega cadena de supermercados. Tampoco es lo mismo la casita donde usted vive, que poseer cientos de miles de hectáreas de tierras ancestrales, usurpadas. ¿Se entiende caballero?

- Yo no puedo creer que una masa furiosa entienda esas diferencias.

- La masa está furiosa justamente contra esas diferencias, caballero.

- Pero dijeron que nos iban a quitar las casas, que iban a socializar hasta los pañales de las guaguas...

- ¿Y usted les cree? ¿Quién es el que debe controlarse entonces, las masas insurrectas o usted viendo la tele?

- No entiendo cómo pasaron por aquí y no se robaron ni un caramelo.

- Y no por falta de hambre, caballero.

- ¿A qué se refiere?

- A que nadie ha desayunado. La gran mayoría desayuna en la escuela, y si no se entra a la escuela, no se desayuna...

- O sea que, para ustedes, la protesta significa pasar hambre... (!)

- La vida en el capitalismo, significa pasar hambre, caballero.

- Si, digo, pero tienen la disposición de no comer, con tal de salir a protestar, eso es delicado... más que delicado, me parece muy valiente... Pienso en mis hijos, si ellos tendrían la altura moral de hacer una cosa así. ¡No comer! Con tal de salir a luchar por sus ideales...

- Por los cambios sociales, caballero, para que la gente que llegue a viejita, no tenga que vivir con una pensión que no le alcance ni pa' la

marraqueta. O pa' que mi hermanita pueda estudiar una carrera, sin que yo esté obligado a trabajar para pagársela...

- ¡¿Eso también pasa?!

- Eso también pasa, caballero.

- ¿Sabe qué joven? Para la próxima protesta, avíseme por favor, así me preparo con anticipación, para asegurarme de tenerles esa mañana como aporte, pan para el desayuno.

Fuego fatuo en misa

El mundo se ha vuelto un lugar diverso. Al menos eso esperamos lxs diversxs. Aunque no se qué tan diverso sea. Siguen matando mujeres. Siguen matando por identidades de género, por ir caminando de la mano en la calle. Sería mejor formular entonces, que el mundo se ha vuelto un lugar, aparentemente diverso. Si, aparentemente diverso. O levemente, diverso, como diría mi profesor.

Así lo vi al menos, desde esa óptica, el día que el fuego fatuo se sentó a la misa. ¿¡Y por qué no?! ¿Cada feligrés, no debe ser, felizmente acogido en el reino del Señor?

Empezó como una tenue llama azul, con algunas tonalidades naranjas, amarillas y rojas, que fueron cobrando cuerpo. Pero durante todo momento fue predominantemente azul. Se movía con las brisas que entraban por las ventanas y la puerta ancha, siempre abierta. El cura que estaba dando la misa, no se dio cuenta de nada, al principio, después fue inevitable que lo notara. Las llamas humeantes se apoderaron pronto del control de la situación. Pero supongo que hasta ahí, estaba en su derecho de flamear.

Escuché tras los pilares, que una monja reclamaba un salario, usando una cara de enojada, que era lo único que dejaba ver su vestimenta. Caminó en direcciones opuestas y se sentó a mi lado. ¡Justo a mi lado! Con lo poco que me gusta charlar en las Iglesias. Traté de hacerme la distraída, pero era demasiado tarde. Para hacerme la dormida, quedaría como una grosera de magnitudes históricas. Pero no me dijo nada, ni "mu", ni "amén". Reposé tranquila en mi interior y mi fobia social volvió a dormirse en los laureles. Y cuando estaba en lo mejor, susurra:

- ¿No es raro?

- ¿Raro qué, hermana?

- Que esté ahí sentado como si nada, como si no hiciera fuego, como si no tuviera la posibilidad de quemar todo, incluyéndonos adentro.

- Pero no tenga miedo hermana, hasta ahora no ha hecho nada, en lo que a mi respecta, aquí hay peligros mayores.

- No es eso. No es solo eso. Es el hecho de que pueda pasearse por aquí y por allá, sin que nadie haga nada. Podrían venir los bomberos, la policía, en patrullas o a caballo, llamar a la prensa, anticiparse, impedir una tragedia.

- O usted podría pedir que llueva...

- No funciona de ese modo, no hay danzas a la lluvia en la religión católica.

- A usted lo que le preocupa es que pueda incendiar todo.

- Exacto. Con la antigüedad que tienen estos vitrales, la gente viene de todo el mundo a ver cómo entra el sol, a través de la aureola dorada de San José. No puedo imaginármelos reventando en un estallido de vidrios e injusticias.

- Hay cosas que tal vez tengan que pasar. ¿O no? Motivadas por la necesidad histórica, las nuevas épocas, los tiempos de cambio. No me malinterprete, yo estoy aquí sentada, escuchando el sermón, pero ¿no sería recurrente que pasara?

- ¿Que pasara qué?

- El cambio... Es decir que la aureola de San José, tuviera que ser reemplazada, por otras aureolas, aureolas más modernas...

- ¿¡Pero de qué aureolas más modernas me está hablando? Eso tampoco funciona así. ¿Que no ha leído la Biblia, las Santas Escrituras?

(Shhhh!)

- Mejor no hablemos, o nos van a seguir retando...

(Silencio)

- ¿Será que el fuego fatuo nació de adentro?
 - ¿Cómo que de adentro, hermana?
 - De adentro, claro, no vino desde afuera. No lo vi pasar por la puerta, ni ingresar, ni persignarse, tampoco creo que vaya a poder pararse y a comerse la ostia y beber el vino.
 - No creo que pueda beber vino, hermana, no, por su propia naturaleza.
 - ¿Se apagaría?
 - O se avivaría...
 - Yo creo que tiene intenciones políticas subversivas, que va a tirar panfletos que digan: "Abajo Dios y el Estado" y luego va a echarse a correr por los pasillos, entre los pilares y las bancas de madera, para borrar absolutamente nuestra existencia.
 - ¿Por qué lo dice de esa manera, hermana? ¡Qué catastrofista! ¿Acaso el fuego posee tal virtud?
 - ¿Cómo dice? Ahh, no será qué... ¿El fuego no habrá venido con usted, no será también parte de la rebeldía diabólica?
 - "Rebeldía diabólica", suena lindo como nombre para una banda. "Presentándose hoy, desde las profundidades del heavy metal, con sus famosos temas: "Demonios rojos en la almohada del burgués" y "Rockeando sobre el infierno del capital"... Hoy, hoy, hoy: ¡Rebeldía Diabólica!"
- (Shhhh)
- A mi me parece una falta de respeto total y absoluta lo que acaba de decir.
 - Perdoncito...

La llama con centro azul, se fue expandiendo lenta y sigilosamente mientras yo seguía imaginando los acordes que tendría una banda llamada "Rebeldía Diabólica". ¿Quién hubiera dicho que ella tenía razón, sumergida en su hábito puesto?, y todo el lugar se prestaría para convertirse en cenizas.

¿Y cómo voy a saber si el fuego fatuo vino conmigo? Si nació desde dentro o cruzó en molotov la puerta. Yo no vi nada. La aureola de San José cayó al suelo con tanta fuerza, que el sonido desterró a reyes y credos.

Del cura no volvió a saberse más nada y la gente pasó las siguientes décadas preguntándose de dónde había salido ese fuego, que continuó expandiéndose y pasó de una Iglesia a la otra, sin quemar un solo metro de otras parcelas, áreas, campos o casas. Se hicieron investigaciones de variado tipo, sin conclusión alguna. El fuego fatuo viajó, de vitral en vitral, derritiendo coronas, altares y cetros. Y lo hizo con tanto calor, que hasta los candelabros más sólidos y pesados, se derriten hasta quedar fundidos en el suelo.

Tras las ruinas de vidrio, ladrillo y cemento, las cruces calcinadas ya no simbolizan más el peso de la humanidad sobre sus espaldas, el castigo, la desdicha. No quedan figuras del niño Jesús en su pesebre ni pedófilos encubiertos tras la máscara de la caridad. Ni monaguillos, ni oraciones, ni versículos. El fuego se llevó también las culpas que no eran verdaderas y liberó el poder de decidir en millones y millones de personas. Pero lo más importante, atrás quedó, disuelta en llamaradas, la doliente opresión.

Dana Hart

www.danahartescritora.com

